

lita y yo hice lo mismo, tomó mi brazo y nos sentamos á la mesa. — Usted ha de dispensar, Atanasito, pero yo no sé cómo le llaman á esto villa, es un páramo, nada se encuentra, están las tiendas sin surtido, vea vd. no más que bizcochos tan cochinos, necesitaba uno traer amasijo y cuanto se necesita para vivir como las gentes. A cual más me obsequiaba, se empezó á hablar de familia y me relató toda su descendencia, me preguntaron de la mía y les dije que sólo se reducía á mi señor padre, tres hermanas y yo. — Su papá de vd., me preguntó, es muy rico y el principal de la villa. — Son exageraciones vulgares, le respondí, tiene un ranchito, una casa y cuatro animales. — Es vd. muy modesto, Atanasito, yo sé muy bien todo, y á pesar de no tener aquí ninguna relación porque, y sin que vd. se agravie, es esta gente montaraz muy insociable, en vano he procurado contraer amistades, son inciviles, intratables, viven metidas en sus chiribitiles á guisa de fieras salvajes; á no ser por el administrador de rentas, el de contribuciones, el comandante militar y algunas otras personas también forasteras que nos visitan de vez en cuando, aquí nos moriríamos de tristeza. Dí las gracias á las dos por sus atenciones y habiéndose quitado el agua, me despedí, repitiéronme sus ofrecimientos, y doña Pomposa, que así me dijo llamarse la señora, me suplicó que si no me era molesto, le hiciera favor de ver qué sucedía por fin con la carretela. Estaba en el mismo sitio con las dos mulitas atascadas hasta media barriga, el cochero hecho bola en el pescante y el amo echando unos ronquidos furiosos; le lacé la punta de la lanza, y como con el aguacero se había soltado un poco el lodo, en unos cuantos jalones tronquearon las mulas y se despegaron las ruedas; á cabeza de silla llegaron á la casa, desaté mi reata y después de multiplicados agradecimientos de todos, me comprometieron á volver á visitarlas.

Desde que fui mirándolas despacio y tratándolas, se me fué poco á poco desvaneciendo aquella fascinación que me causó la primera vez Adelita, advertía en mí cierto resfrío para con aquella niña, no me llenaba, hacía comparaciones con Camila, y lo que á una le faltaba á otra le sobraba. Adela me fué causando primero algún interés, después como indiferencia, y por último,

miedo; el puro compromiso me llevaba á visitarla, y cuanto más tierna y cariñosa se ha ido demostrando conmigo, más temor me infunde y una repugnancia que no acierto á descifrar: yo no le he hecho una declaración de amor en forma, y sin embargo, cada día se me manifiesta más apasionada, hasta el exceso de tratarme con una confianza y extremo tan poco excusado delante de la madre, que ésta ya cuenta como arreglado nuestro casamiento, y la maldita atiza de mil maneras. Para desvanecer algún tanto sus proyectos, les conté un día mi verdadera situación diciéndoles que era un pobre, que me ocupaba en la arriería, y por último, que era contrabandista Hermano de la Hoja; pero nada ha sido capaz de resfriarlas, la niña es como la romana del diablo, por todas entra; doña Pomposa todo lo allana, vence las dificultades, á todo me sale con que tiene dinero, influjo con las personas mejor acomodadas, que su hija se ha apasionado de mí, que está en una tortura al ver mi indiferencia, que se le está enfermando, que soy la causa de su padecimiento, y ha tomado la cosa tan á péchos que á todos les cuenta que pronto será mi suegra; en este último viaje acabó de remachar el clavo, me hizo ir á fuerza á su casa en donde se celebraba el cumpleaños de Adelita, me presentó á sus visitas como á su futuro yerno, y tanta alharaca ha armado que por fin ha llegado á oídos de mi padre, quien llamándome aparte, me ha dicho muy serio: — Ya sé, Tacho, que has enamorado á esa catrincita recién llegada de México, y debo prevenirte para tu gobierno, que primero consentiré en que te cases con la molendera á quien con gusto le daré el título de hija, que con esa niña tan llena de alhajas y vestida de seda que me empacha, y mucho más la vieja hipócrita de la nana que parece de almendra y nuez; cuídate de darme esa pesadumbre porque será causa de que jamás cuentes con tu padre; yo tengo mis razones y basta, primero me quite Dios la vida que consienta en emparentar con semejante canalla. Yo no le respondí nada, y mi situación, hermanos, essumamente comprometida, no sé qué sesgo darle á este negocio, se me han aturdido las reglas y aunque por mi parte les aseguro que ni me le he declarado á la niña, ni tengo prendas, ni nada con que me obliguen, y que todo lo acontecido sólo es parto y combinación infernal de esa maldita vieja que trata de atraparme á toda costa,

diz que porque su hija me ama, que es muy impresionable, que tiene un corazón muy sensible y que teme que sucumba de la pasión que le he inspirado, pues cuanto más se dilata nuestra suspirada unión, más y más se va desmejorando y agravándose de los nervios. Conque ya les he dicho en compendio mis principales aventuras, y ahora no me queda más esperanza, sino que tú, Pepe, veas de qué manera arreglas este negocio y me chispas este lazo, porque la verdad yo no quiero volver á la villa; mi padre se me ha puesto feo, no pienso darle qué sentir ni mucho menos darle gusto á la vieja, mas que se lleve Judas á la romántica con todo y su cara pálida.

— No seas ingrato, dijo Astucia en tono de broma, ¿conque ahora que la suerte se te viene rodando y que tienes facilidad de hacerte de una muchacha fina, rica y guapetona, la desechas? resuélvete á casarte con Adelita; de arriero ascenderás á hacendado, tal vez tu buena estrella te brinda con la fortuna, no seas malagradecido, cástate y déjame á Camila, yo la consolaré, creo que te quiere bien y por no labrar su desgracia yo procuraré que te olvide demostrándome para con ella un decidido amante.

— ¡Un demonio! replicó Tacho, de Camila no prescindo y...

— En resumidas cuentas, dijo Pepe, el resultado de tus calaveradas es que, después de estar haciendo diabluras, ahora quieres que el Diablo las arregle: pero, hermano, estoy decidido á hacer por tí cuanto de mí dependa, siempre que me digas con toda franqueza por cuál te decides; y ya que las cosas han llegado al estado en que se encuentran, ponerte cuanto antes en juicio y gracia de Dios.

— Eso no puede ser, replicó Tacho, para casarme necesito dinero, estoy acabando de abonar á mi padre lo que me ha prestado y en cuanto junte alguna cosa con que pueda sufragar los gastos consiguientes, entonces será cuando me case. — Yo apronto cien pesos para el casamiento, gritó Astucia. — Y yo otro tanto, dijo Chepe Botas. — Y nosotros lo mismo, repitieron los demás.

— Ya cuentas con quinientos pesos por lo pronto, dijo Pepe, ¿qué más quieres? — Gracias, hermanos, gracias, prosiguió diciendo Tacho, cuento con el favor de vds., pero otra cosa me amarga la existencia; quiero aclarar este misterio, deseo viva-

mente saber qué motivo tiene mi padre para oponerse, puede ser muy bien algún capricho; y en ese caso, la misma dificultad que encuentra para que lo haga yo con una rica, será doblemente motivo para evitármelo con una pobre; ahora, y al venirme, pasé como siempre á despedirme, y al recordar Adelita el peligro que corro y mi larga ausencia, le dió su patatús: doña Pomposa se me puso de uñas diciendo al tener á su hija torcida en los brazos: — Mire vd. su obra, corazón de piedra; me la está vd. matando con su frialdad; me va vd. á dejar sin la prenda más querida de mi corazón. Si le para á vd. la falta de recursos, sépase que yo tengo mucho dinero, que por complacer á mi hija y evitar que sucumba víctima de la pasión que ha concebido por vd., haré cuanto se me exija; esto no puede continuar así, yo voy á adelantar todo para que cuando vd. regrese se violente su enlace, quiero quitar á vd. de contrabandista, que se encargue del manejo de mis intereses, que vd. corra con mis negocios; en fin, que sea el niño mimado de mi casa, el tierno esposo de este ángel de candor.

Yo no respondí sí ni no, me quedé petrificado, tanto que no atendí á coger en mis brazos á la niña como lo había hecho otras veces, y creo que por eso le reptó seguido el mal, pues abandonándoseme completamente, no se agraviaba al sentir algunos cariños bastante insinuantes con que yo la hacía volver en sí de sus parasismos. Las palabras de doña Pomposa me aterraron, y saliéndome precipitado me ausenté sin despedirme resuelto á no volver á verlas. — Pues déjame á mí ese negocio, dijo Pepe, ahora que volvamos le hablaré á tu padre, me dispensa alguna confianza, y ya veremos lo que se determina. ¿Qué clase de señora es esa doña Pomposa y el D. Tranquilino, que por estar entusiasmado en tu relato no nos has impuesto bien?

— Doña Pomposa es, según parece, una mujer de buenos principios, muy caritativa, religiosa y de buenas costumbres, se expresa con petulancia y desenvoltura, me ha dicho que tiene muchas y muy buenas relaciones con personas de elevada posición, que es dueña de varias fincas en México, de la hacienda y de la casa que habita; su presencia es á la verdad medio chocante, se conoce su afectación desde á legua, es de estatura

alta, pelo castaño comenzando á arrosillarse, cejas anchas y muy escasas, color moreno, ojos pardos claros, con los párpados papujados y de mirada atrevida, nariz chata algún tanto, y medio arremangada, boca demasiado grande y labios carnosos, dientes anchos y grandes, voz semivarónil; echa de muy leída y escribida, es la que lleva el peso de la casa; mientras D. Tranquilino se entretiene en acariciar al gato, leer algún periódico, y con su puro en la boca agota de copita en copita una ó dos botellas de puro chinguirito, hasta que se queda dormido en su sitio; la niña, ó está en su tocador, ó leyendo novelas, historias ó poesías, pues su gusto y principal entretenimiento es la literatura. Cuando doña Pomposa sale, sólo es con traje decente, y jamás se le caen de la mano el rosario y libro de oraciones, entiendo algo de medicina y le gusta ejercer la facultad gratuitamente sólo por caridad, en su casa está con humilde traje, y toda ella presume respirar sólo honestidad y virtud, creo que poco le ha de faltar para los cincuenta, aunque se conserva aún medio fresconata y se tiñe las canas.

El D. Tranquilino es seis ú ocho años más grande, chaparrón, grueso, con el pelo muy escaso y cano, tanto que con unos mechones de por detrás cubre la mollera, ocurriendo al préstamo forzoso de cabellos, tiene cejas muy pobladas y largas, apareciendo debajo de ellas unos ojos garzos medio enchilados, su nariz es corta marcándose mucho el asiento de los anteojos que siempre trae puestos, con sus varillas de carey, los labios por la falta de dientes se le han salido para afuera, tiene poca barba, los cachetes se le han colgado, todo el día tiene la boca en juego como si estuviera rumiando, su voz es balbuciente, de un genio más que apacible, á nada se acomide por sí solo, todo lo que hace es chupar, leer, y sobre todo beber, para cuanto quiere hacer pide licencia á Pompita, pues así le dice á la señora, quien continuamente lo regaña por cualquier friolera, lo viste y mantiene como un niño, y sólo sirve para hacerle mandados. Es tan condescendiente que nunca replica. Adela me dijo que era antiguo amigo de la casa, doña Pomposa que por caridad lo tenía, y él que era su marido, la verdad Dios la sabe. Cuando estaban distraídos con la relación de Tacho, llegó el galgo de la Soledad diciendo que del pueblo dieron aviso de que cin-

cuenta hombres de tropa pasaron muy temprano y tomaron para el rancho, conduciendo un reo en una mula, y que D. Gaspar se había escondido inmediatamente, esta noticia les hizo mudar de derrotero para tomar al otro día el camino de arriba. — ¿Todavía más extorsiones y cuidados por causa de ese maldito viejo? exclamó Pepe, ¿no ha bastado un año para que se le quite esa mala maña? — Ya le ajustaré la cuenta, dijo Astucia, en tierra colorada te cortas con Tacho, para que él vaya á despedirse de su adorado tepalcate y tú des por ahí una explorada. Yo me voy con un arriero, camino derecho para la Soledad, y los hatajos que tomen para rancho Viejo, allá nos reunimos en la madrugada de mañana. Arreglado así, al otro día cada cual tomó su camino.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO